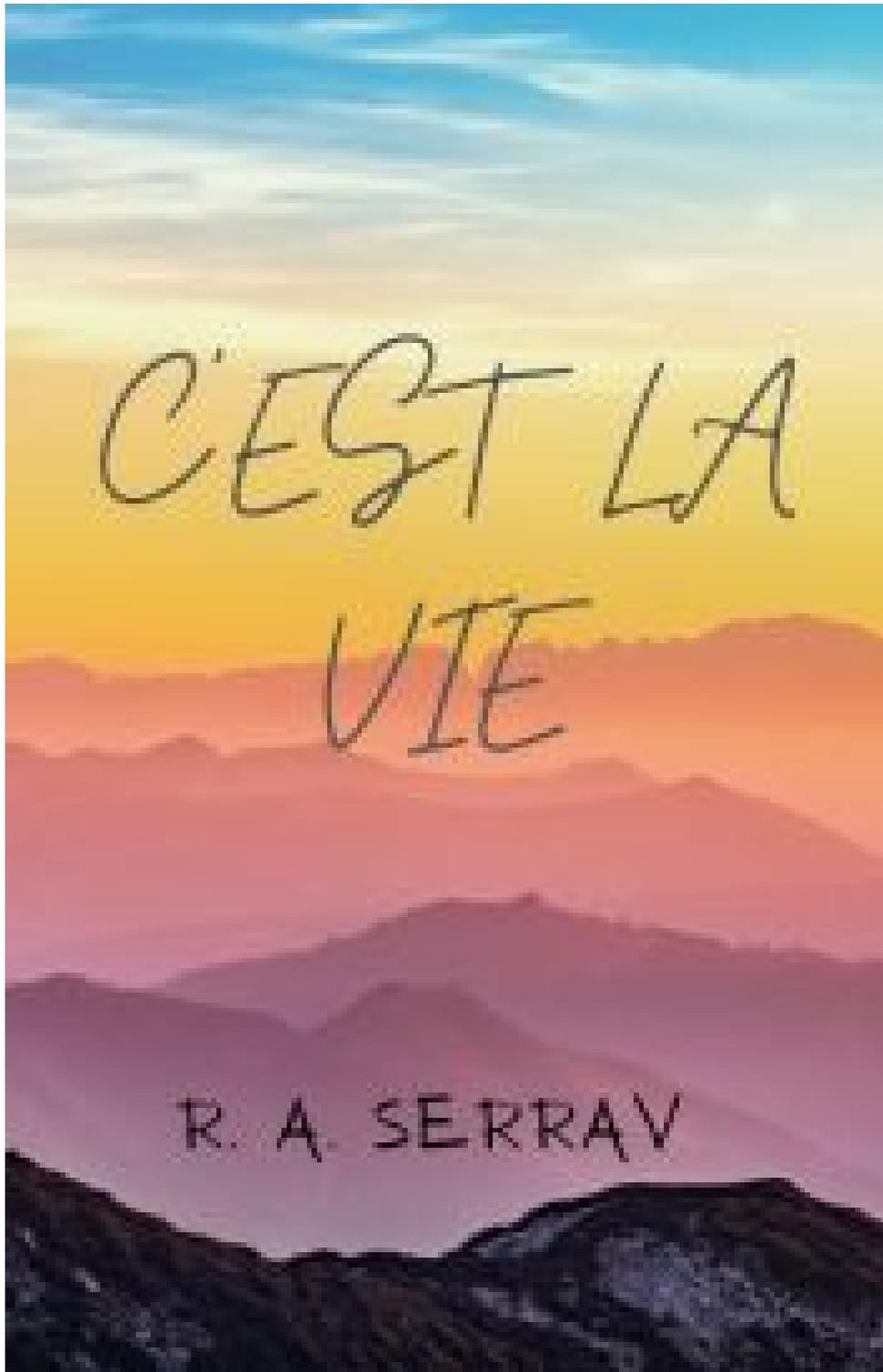


C'est la vie

R. A. Serrav



Capítulo 1

Persecución

Es horrible. Mi cuerpo helado cual cubo de hielo, mis sentidos cada vez menos perceptivos. No sé donde estoy y tampoco quiero averiguarlo; sólo soy consciente de la falta que me hacés.

Mis ojos se cierran y mis labios se entreabren; intento llamarte pero la voz se pierde en mi garganta, utilizando la escasa fuerza que me queda busco tus manos... no están, tus manos no están.

Me siento débil, te necesito, pero vos a mi no. Te has ido.

Lágrimas pugnan por salir de mis ojos, mas se congelan al rozar mis pestañas. Mi respiración es lenta y mi corazón late cada vez más despacio. Soy como una niña, vulnerable y temerosa ante un mundo desconocido.

El silencio. Eso es lo peor. No se oye nada, y es ese el más insoportable de los ruidos. ¡Cómo quisiera oír aunque sea mi propia respiración! Un solo indicio que renueve mis esperanzas.

La oscuridad cubre todo con su manto impenetrable y el miedo comienza a consumirme. Ya no lo soporto... Prefiero la muerte a permanecer un segundo más en este limbo previo.

¡Qué no daría por verlos una vez más! Por tomar sus manitos y alzarlos en mis brazos, por ver sus rostros sonrientes y sus miradas rebosantes de alegría... Por sentir el calor de tu cuerpo y tus labios posados en los míos. Mas son esas sensaciones, vagos recuerdos de un tiempo muy lejano.

Estoy lista. La muerte viene a buscarme y yo la recibo con tranquilidad. No la veo, no la escucho, no la huelo, pero sé que está aquí esperando. Un instante y todo se acaba.

Algo extraño sucede; no son gélidas las manos que sujetan las mías y son cálidos los labios que atrapan mi boca. Un suave murmullo se oye a la distancia y mi cuerpo comienza a reaccionar. No quiero abrir los ojos, no aún.

—Arriba, amor —tu gruesa voz me obliga a entreabrir lentamente los párpados y, ni bien lo hago, la oscuridad desaparece.

Me encuentro con mis ojos oscuros reflejados en los tuyos. Me sonreís como cada mañana, aunque ya no es la misma sonrisa de la que me enamoré hace tantos años.

Aparto mi vista de la tuya y recorro el lugar. Es una habitación blanca, pequeña y bien iluminada gracias a un ventanal. En la mesita de luz hay una foto en la que se ve a cuatro personas en un bosque; vos, yo y los nenes en una de nuestras tantas salidas. Al verla, mis ojos se inundan de dulces lágrimas que nublan mi visión y avanzan por mis mejillas hasta perderse en las sábanas.

Me abrazás y depositás un delicado beso en mi frente. Se escuchan pasos acercándose por el pasillo y un niño y una niña entran y se sientan a mi lado.

—Buenos días, mamá —me saluda Karina.

— ¿Cómo te sentís, mami? — pregunta Mateo.

—Bien —respondo en un susurro.

Se apiñan sobre mí y me envuelven con sus brazos. Les decís que es hora de irse y ellos salen luego de despedirse. Volvés a sentarte y me contemplás en silencio.

—Reíte un poco. Cuando te mejorés vamos a salir todos los días.

—Sí, eso espero —que mentiras tan grandes digo. Sé muy bien que ya no volveré a salir de este cuarto.

—Voy a llevar a los chicos a la escuela —me decís levantándote y, al llegar a la puerta, agregás en un vano intento de infundir ánimos: —Y cuando vuelva quiero verte más alegre. Vamos, que sos una persona fuerte.

Ni siquiera me das tiempo a replicar.

Es muy fácil decirlo, pero muy difícil lograrlo. No sos vos el que pasa sus días en la cama de un hospital, rodeado de médicos y enfermeras que te brindan falsas esperanzas.

No sos vos, soy yo. La que lucha contra el cáncer una batalla ganada de antemano. La que al ver su reflejo en el espejo ve un rostro pálido y triste, sin ningún vestigio de los largos rulos que alguna vez tuvo. La que ve el dolor en los ojos de sus hijos al darse cuenta de lo que su madre sufre.

A la que, como a tantos otros, esta maldita enfermedad le destruyó su castillo de sueños. La que cada noche es acechada por la muerte, de la

que me rescatás puntualmente cada mañana.

La que sabe, aunque no te lo diga, que un día llegarás tarde.

Capítulo 2

Silencio

Lo único que pedía era un poco de silencio, nada más.

Siempre la misma historia, todos corriendo de aquí para allá sin importarles en lo más mínimo los demás. Gritos, risas, llantos... ¿Acaso ninguno se da cuenta de que solo quiero descansar por un instante? Y ahora mi deseo se ha cumplido; no se oyen más los gritos, ni las risas, ni el llanto, todo está sumido en un silencio impenetrable y algo espeluznante.

Tal vez, solo tal vez, estuve mal y no debí silenciarlos a la fuerza, pero ya es tarde para arrepentimientos. Observo mi hazaña y río para mí misma, y de repente, como salida de la nada, una mano se posa sobre mi hombro. Giro y allí está, esa figura alta y esquelética; y es entonces cuando lo comprendo, no fue a ellos a quien silencié a la fuerza, sino a mí.

Capítulo 3

Peleas de enamorados

Se pasea nuevamente por delante del televisor y ya no sabe qué más decirle para que se corra. La mirada fulminante que le lanza hubiera asustado a cualquiera pero no a esa persona, se conocen demasiado bien como para reconocer una falsa amenaza.

— ¿Te podés correr, por favor? No veo —El tono sarcástico anuncia la proximidad de una pelea.

—No —y con esa sencilla respuesta comienza la batalla —. Siempre es lo mismo, no pretenderás pasarte toda la tarde en ese sillón.

—No tendría que hacerlo si me hubieras dejado ir a la cancha.

— ¡Pero si ya fuiste la semana pasada!

— ¡Pero eso fue un amistoso!

—Y a mí que me importa, ¡es todo lo mismo!

Se levanta de un salto, esa última frase fue demasiado, ¿cómo se atrevía a decir que un amistoso y un partido de campeonato eran lo mismo? Ya se estaba preparando para brindar una larga explicación cuando hizo acto de presencia la interrupción.

— ¡Ya sé, ya sé! —el cansancio visible en cada sílaba —No hace falta que me lo expliqués, no soy idiota.

Vuelve a sentarse con el corazón aún agitado. Su oponente se deja caer a su lado y pasa un brazo por encima de su hombro.

—En serio, hace calor, hay un sol impresionante, ¿no te parece que está lindo para ir a tomar unos mates al parque?

Lo piensa detenidamente, analizando cada pro y contra. “Si le digo que no, se va a enojar otra vez, pero si le digo que sí voy a perder... me pierdo el partido, pero puedo ver la repetición, pero no es igual...”

—Está bien —suelta finalmente con voz resignada —, pero —se apresura a añadir —me dejás escuchar la radio en el celular.

— ¡Basta! —grita dando un golpe en el sillón —Siempre buscás la manera

de salir ganando. Ya me cansé.

—Pero es que vos no entendés —intenta calmar las aguas en vano—. No entendés lo importante que es el fútbol para mí. Si me acompañaras de vez en cuando a la cancha...

— ¡No me gusta el fútbol! ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Pero es porque nunca le prestaste demasiada atención.

—Pero, pero, pero... ¿No sabés decir otra cosa?

—Pero, digo, amor, no te enojés.

—Bueno, ya está. No voy a seguir peleando por una causa perdida
—suspira a la vez que se para—. ¡Chau!

El portazo resuena en el lugar acompañado por un último grito:

— ¡Juan! —Pero ya es tarde, el chico ya se fue, hecho una furia y odiando cada vez más aquel deporte.

La muchacha se acomoda en el sillón, sube el volumen y espera impaciente a que empiece el partido.

—Bueno, ya veré más tarde como hago para que se le pase el enojo, ahora a disfrutar.

Capítulo 4

La fantasía de la realidad

Sinceramente, no sé por qué estoy aquí. Tal vez hice algo mal sin siquiera darme cuenta, tal vez ofendí a alguien con alguno de mis comentarios, tal vez no estoy capacitada para vivir en sociedad.

¿Acaso es incorrecto expresar mi opinión?, ¿acaso debo callar y sonreír aún cuando no quiero hacerlo? Lo siento, no es así como suelo hacer las cosas.

Todo comenzó hace unos diez días si mal no recuerdo, como siempre, salí de casa luego de discutir con mi madre, es que su manera de pensar difiere tanto de la mía! En verdad intento escucharla y entenderla, mas no puedo, es siempre el mismo monólogo sobre la forma en la que debe comportarse una señorita, sobre cómo actuar ante cada situación a la que nos enfrentamos, sobre cómo debemos de ser "normales". Y he allí el problema más grande, pues, ¿qué es ser normal?

Desde pequeña he convivido con esa palabra y aún hoy no logro comprenderla del todo. Me es difícil imaginar que lo que es normal para mí lo sea también para los millones de personas más que habitan el planeta; me parece casi utópico. La vida me ha enseñado que existen distintas formas de percibir la realidad, todas ellas perfectamente válidas, y que deberíamos probarlas hasta encontrar aquella con la que nos sintamos más a gusto.

Una vida sin cuestionamientos es, para mí, la más aburrida de las películas, una novela sin suspenso, un oscuro pasillo sin salida.

Acá es diferente, es un lugar tranquilo, muy cómodo en verdad. Un gran parque repleto de flores, los árboles que brindan su sombra sin pedir nada a cambio, las aves que nos deleitan con su suave cantar; un sitio perfecto para mi, tal y como dijo mi madre cuando me trajo. Cada día es único y en verdad le agradezco que me haya dado la oportunidad de conocer personas tan interesantes; a cada instante aprendo algo nuevo y no podría ser más feliz.

—Eu —interrumpe mis pensamientos una chica con la que no he hablado antes —, ¿sabés en qué se transforma la nieve cuando se derrite?

—En primavera —respondo sin siquiera pensarlo dos segundos.

Ella sonríe y se sienta a mi lado, al parecer es el comienzo de una bella amistad.

Me recuerda a mi infancia, al primer libro que le , a la serpiente devorando a un elefante y al cordero dentro de la caja.

Capítulo 5

Hundidos y salvados

“Son ratas, sólo ratas” pensaba mientras recogía las evidencias de su crimen. El fuerte olor a carne quemada se colaba en su sistema impidiéndole pensar con claridad; las lágrimas se derramaban silenciosas marcando el rastro en sus sucias mejillas.

El escenario a su alrededor le parecía tan irreal que aún tenía la débil esperanza de que todo fuera una pesadilla de la cual despertaría de un momento a otro. Se rehusaba a aceptar que atrás habían quedado los días de paz en los cuales la palabra muerte ni siquiera figuraba en su diccionario.

— ¡Más rápido, más rápido! —La grave voz del general lo sacó de golpe de su ensimismamiento —Todavía quedan muchos.

Varios cuerpos no habían perdido del todo el calor, por lo que lo asaltaba la idea de que pudieran levantarse y tomar venganza. Agitó descontroladamente la cabeza e intentó concentrarse una vez más en su trabajo; remover los cadáveres de las cámaras de gas no era una tarea en absoluto sencilla, despojarlos de sus cabellos, de las piezas de oro que algunos tenían en la dentadura, ordenarlos y prepararlos para los atroces procesos a los que se verían expuestos luego. La sangre se le helaba de tan siquiera imaginarlo.

Pero sin lugar a dudas, más allá de todo remordimiento o asco que pudiera sentir, el trabajo más horrible en el campo era el de conducir a aquella gente cual vacas al matadero; sin discriminar entre niños, mujeres o ancianos a la larga o a la corta todos tendrían el mismo final, solamente los hombres que podían ser explotados tenían la posibilidad de prolongar su agonía por algún tiempo más. Era perfectamente consciente de que si le hubieran asignado la tarea de “recibir a los nuevos” no hubiera sido capaz de cumplirla; un irrefrenable deseo de prevenirlos e incitarlos a huir se apoderaba de él cada vez que los veía llegar, aferrados los unos a los otros, con la viva expresión del terror gravada en sus rostros. Y sin embargo, siempre giraba la cabeza hacia otro lado y continuaba su camino apretando bien los labios para reprimir la voz.

¿Qué era lo que le impedía hablar? No era más que el miedo a perder la vida por desobedecer las órdenes; en el campo no se jugaba, un movimiento en falso y pasaría a formar parte de una pila de cadáveres. Por más que su conciencia le indicara que lo que estaban haciendo era incorrecto, su instinto de supervivencia lo convencía de que su vida era

más valiosa que la de cualquier otro y que debía hacer hasta lo imposible para conservarla. El miedo lo paralizaba y lo único que podía hacer era llorar, mas sus lágrimas, obviamente, no solucionaban nada; miles seguían muriendo mientras él descansaba en una cama relativamente cómoda.

Era repugnante ver como muchos disfrutaban de su trabajo, regocijándose mientras veían sufrir a esas desdichadas personas e inflando el pecho con orgullo cuando algún superior los halagaba.

“Animales sin sentimientos, eso es lo que son”

Más de una vez se paseó por su mente la idea de suicidarse, al menos así la culpa ya no lo perseguiría. Esa era la salida fácil, un disparo y aquel odioso nudo en su garganta desaparecería, mas, pensándolo dos veces, llegaba a la conclusión de que eso hubiera sido un acto muy hipócrita. El hecho de que desapareciera no cambiaría nada; limpiarían su sangre, moverían su cuerpo y continuarían como si nada hubiera sucedido...

Un día algo inesperado ocurrió: allí donde reinaba la muerte una pequeña figura cobró vida, por un instante sospechó que sus temores se estaban volviendo realidad y le pareció sentir cómo las demás figuras comenzaban a retorcerse. Su cuerpo se paralizó y por un momento dejó de respirar. La niña que se encontraba tendida frente a él no debía tener más de diez años de edad, respiraba con dificultad y, a pesar de que no era capaz de pronunciar palabra alguna, se reflejaba en su mirada un pedido de auxilio. Milagrosamente, no había nadie cerca que pudiera notarla. Se sacó su abrigo, la envolvió y la cargó sobre su hombro como si se tratara de un cadáver más, después de cerciorarse de que no lo seguían corrió hacia uno de los baños cercanos y se encerró allí.

— ¿Estás bien? —Cuestionó con un dejo de desespero a la vez que la sentaba en su regazo —No te desmayés, por favor, no te desmayés —En vano intentaba mantenerla consciente, aunque era obvio que casi no le quedaban fuerzas.

La dejó un segundo en el piso mientras le servía un poco de agua; tragó lentamente, mientras abría por completo sus ojos. Temblaba de manera incontrolable, su cuerpo sólo estaba cubierto por el abrigo, y parecía que quería salir corriendo cuanto antes de aquel lugar.

—Ma... ma... mamá —su voz era aguda y temblorosa — ¿Dónde? —cada vez más lágrimas se acumulaban y comenzaban a desbordarse sin control.

¿Cómo había sido posible que aquel ser indefenso sobreviviera a la cámara de gas? Era incapaz de comprender del todo la situación, solamente tenía una cosa en claro y eso era que no podía permitir que

algo malo le pasara. La abrazó con fuerza e intentó calmarla. La niña había hablado en alemán, así que no había problemas con la barrera idiomática.

—No te preocupés. ¿Cómo te llamás?

Su nombre era Matilda, tenía nueve años y la historia de cómo había sobrevivido era tan increíble que parecía sacada de un guión de cine. Cuando llegó con su familia al campo, luego de ser separada de su padre, ella, su madre, tías y abuelos fueron llevado a las "duchas", una vez allí los mayores se percataron de que en realidad no eran tal cosa y se abalanzaron sobre la niña para que no pudiera respirar aquel gas mortal; siendo incapaz de moverse, Matilda se desmayó y cuando recobró el conocimiento su familia ya no estaba.

Sintió un balde de agua helada caer sobre su cabeza; al no encontrar las palabras para consolarla se limitó a abrazarla una vez más mientras ideaba un plan para sacarla de ahí. Lo primero sería encontrar a su padre, de seguro que lo habían mandado a trabajar, luego tendría que convencerlo de que en verdad quería ayudarlos a huir, y podían intentar salir durante la noche; "difícil pero no imposible" repetía para sí mismo.

De repente la puerta cayó, los gritos de Matilda se mezclaron con los de los soldados y los disparos. La cubrió aún sabiendo que era imposible salvarla. Ambos se hundieron en el charco de agua y sangre sin siquiera tener la oportunidad de defenderse.

Los soldados tiraron la basura, limpiaron el lugar, volvieron a su trabajo sin emitir palabra alguna y así finalizó otro día en el campo.